

El realismo inconcluso de Juan José Saer

Milagros Sánchez Arnosi

El escritor argentino Juan José Saer (1937-2005), dejó una vastísima y nada convencional obra que abarcó novela, cuento, ensayo y poesía. Fue ignorado durante mucho tiempo porque escribió al margen de fenómenos editoriales como el *boom* latinoamericano, al que desdeñó, pero, también, debido a las sucesivas dictaduras argentinas. Será a partir de los 80 cuando empezará a ser reconocido, tanto en su país como en Europa, como el mejor escritor argentino o «un ayatolá de la literatura», según mantiene el uruguayo Juan Carlos Mondragón.

La grande plantea todo el interés que suele suscitar una obra inconclusa. Se sabe, por la nota al final de la novela, que Saer la comenzó en 1999 y la escribió como una historia en siete capítulos correspondientes a siete días, pero no la pudo terminar debido a su muerte. No hay notas para saber o intuir cómo habría finalizado el último capítulo.

A partir de la vuelta de Gutiérrez después de su misteriosa partida de Argentina y después de haber permanecido durante 30 años «en una Europa muerta», Saer reconstruye la patria afectiva del personaje desde la historia, la sociedad y la cultura. De nuevo la recurrencia de personajes (Gutiérrez había aparecido en la novela *En la zona*; Nula en *Lugar*), paisajes (otra vez Santa Fe, espacio de la infancia y juventud del autor), y temas (la obsesión por el tiempo, la percepción de los sentidos, la experimentación con el espacio, la reflexión sobre el ser «argentino» o la percepción de la realidad como algo transitorio). La mirada estilística de

Juan José Saer: *La grande*. Seix Barral. Barcelona, 2008.

Saer se inscribe en el realismo y en el interés por la forma. Este autor escribe a partir de una tradición, como confesó: «Uno no puede escribir novela y cuento en América Latina como si Arlt, Onetti, Rulfo, Guimarães Rosa o Felisberto Hernández no hubieran existido. Tampoco sin Cervantes, Joyce, Beckett o Faulkner. Uno crea su propia tradición que genera obligaciones que deben respetarse». Saer tiene muy presente que hay que evitar que la admiración genere automatismos y que hay que escribir «para ser admirado en el círculo de escritores que se admiran». Para este novelista, la experiencia estética es una forma radical de libertad por lo que rompió con estereotipos de sabor local, presentando un mundo inédito, una manera nueva de narrar que usa una lengua muy directa, muy trabajada y de sabor coloquial. «Una lengua muy nuestra, que no tiene que ver con el español, ni el chileno, ni el peruano, sino con la del Río de la Plata. Si yo pudiera escribiría un tratado de filosofía en una lengua popular del Río de la Plata», afirma el autor de *El entenado*.

Como todo realista, Saer, en esta novela de 500 páginas, se enfrenta a la pobreza de las palabras, de ahí la recurrencia, las minuciosas descripciones, la precisión en el humor, la sistematización de su universo narrativo, la cercanía con la abstracción, la fidelidad a su proyecto, así como a la prosa de su admirado poeta entrerriano Juan L. Ortiz del que *La grande* lleva como epígrafe unos versos. Meses antes de morir, Saer sintetizó estilísticamente su producción literaria con estas significativas palabras: «Cuando se trata de arte el verdadero lector va hacia la obra y no la obra hacia el lector, en el mundo industrial es la obra la que va siempre hacia el autor».

Toda la novela comentada respira fidelidad y la coherencia de un escritor que recurrió a la ironía, componente esencial de su humor y que no dudó en utilizar cuando fue preguntado sobre el tema de la muerte: «Yo no quiero tener tumba, ni epitafio, quiero ser quemado y que mis cenizas sean dispersadas dónde quieran, las pueden tirar a la basura si quieren, no porque piense que no valgo nada, sino que en cualquier lugar donde las tiren van a retomar la molienda universal de la materia y algún día volveré a este mundo, quizás, según la teoría del eterno de Nietzsche, pero esta vez transformado en Paulo Coelho, lleno de dinero.» ©